

A woman with dark hair is lying down, her head tilted back and eyes closed, surrounded by a dense field of yellow and orange marigolds. The flowers are in sharp focus, creating a vibrant, textured background. The woman's skin is pale, and her expression is peaceful. The overall mood is serene and contemplative.

EL LLANTO DE LOS ELEFANTES

GENOVEVA CASANOVA

GENOVEVA CASANOVA

EL LLANTO DE LOS ELEFANTES



ESPASA © NARRATIVA

© Genoveva Casanova González, 2015
© Espasa Libros S. L. U., 2015

Depósito legal: B. 6880-2015
ISBN: 978-84-670-4461-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Huertas, S.A.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO 1

Cuando uno se sienta delante de una hoja en blanco, dispuesto a escribir, como estoy yo ahora, solo surge una pregunta: si tuviera que contar la historia de mi vida, ¿cómo empezaría? ¿Por dónde? ¿Cómo puedo hacer sentir esto, que es tan mío, a otra persona? ¿Cómo doy mis ojos para que alguien pueda ver a través de ellos todo lo que he visto yo? Todos los días, todos los años, todo el tiempo que ha transcurrido... ¿cómo se da todo eso? Por cada segundo, una imagen y un sentimiento... Demasiado. No estoy al final de mi vida, en mi vejez, sentada en mi casa donde solo quedan fotos viejas y ecos de palabras habladas muchos años atrás. No. Soy bastante joven aún. No tengo tantas canas como tormentas colgando de la cabeza. Pero cuando acabe todo esto, espero poder irme habiendo roto cadenas, habiendo soltado alguna que otra alma de la infinitud del silencio. El silencio...

Nací el 28 de octubre de 1970 en el Hospital de Nuestra Señora del Rosario de Madrid. Era una tarde fría y llu-

viosa de otoño. Las enfermeras iban y venían con sus cofias blancas, vestidas con sus uniformes tan femeninos, hablando sin parar cosas de las que mi madre no conseguía entender ni una pizca. Llevaba poco tiempo en España, desde que se casó con mi padre un año atrás, pero en realidad nunca tuvo interés en aprender a hablar español. Como si su relación con este país y su gente fuera meramente circunstancial.

Se había criado en una preciosa finca en el sur de Alemania donde sus hermanas y ella recibían una estricta educación de acuerdo con lo acostumbrado por las familias nobles de la época. Clases de inglés, francés, historia, geografía, matemáticas, literatura y piano llenaban sus días de infancia. Al morir mi abuelo, mi madre heredó el título de baronesa. No era uno de los más importantes que tenía, pero ella era la cuarta de cinco hijas, por lo que era bastante lógica esa designación. Había visto nacer a su hermana menor, la tía Birgit, en aquel palacete de campo con el enorme reloj de la torre y rodeado de campos de trigo, pero no recordaba tanto alboroto.

Cuando por fin, después de ocho horas de trabajo de parto, a las 18:48 me pusieron en sus brazos, mi madre suspiró muy hondo y en ese preciso instante soltó la mente. Pudo ver delante de ella todas y cada una de las imágenes que crearía y que formarían, a lo largo de los años, el dibujo de la grandiosa vida que ella había diseñado para mí. Fue entonces cuando de sus labios se consiguió ver una suave y complacida sonrisa.

Mis primeros años los pasé en Madrid, en un pequeño chalet en la zona del Viso. Pero no recuerdo mucho de esa época. Solo tengo en la memoria la distribución de la casa y la imagen de la reja verde y las cinco contraventanas que decoraban la fachada de la casita blanca. Muchas cosas las recuerdo por las fotografías que me enseñaba a veces mi padre. Le gustaba hablar de Madrid, y me contaba cosas que le ayudaban a sentirse cerca de esos años en los que mi madre aún sonreía.

De quien sí me acuerdo bien es del abuelo. Cuando llegaba la primavera, le gustaba pasar las tardes en el patio. Se sentaba en unas sillas de hierro pintadas de blanco decoradas con cojines verdes de flores amarillas. A veces llevaba consigo un bol grande lleno de fresas para compartir conmigo y a las que les ponía, como si fuera un niño pequeño haciendo una travesura, mucha, mucha nata por encima. Les daba un nombre a cada una colocándolas en formación militar, y se regocijaban con pequeños juegos pueriles de soldaditos rojos. Le gustaba jugar al ajedrez, pero a pesar de sus incontables intentos, jamás consiguió que yo aprendiera.

Al cumplir los seis años de edad, mi padre fue destinado como segundo del embajador en Washington. Pocos meses después nos trasladamos a vivir no muy lejos de 16th Street NW, en donde se encontraban las oficinas de la embajada. Una casa preciosa de estilo neoclásico, flanqueada por dos enormes árboles que en otoño se cubrían de hojas anaranjadas como atardeceres.

Los años en Washington me marcaron mucho, fueron claves en mi formación. Aprendí a hablar un inglés per-

fecto y adopté muchas de las costumbres americanas que en Europa resultaban extrañas. Cuando llegaba el 31 de octubre, me disfrazaba de bruja o de diablita y recorría el barrio con mis amigas del colegio pidiendo caramelos. Me aficioné a comer tarta de zanahoria de postre, *bagels** con *cream cheese*** por las mañanas y hamburguesas a la barbacoa con *french fries**** los fines de semana. Cada vez que llegaba el 4 de julio, íbamos a ver el desfile del Día de la Independencia en Constitution Avenue, y por la noche los fuegos artificiales cerca del Monumento a Washington.

Pero fue la forma de concebir la justicia, la igualdad y el respeto lo que se empezó a formar en mí en esos años. La convivencia con niños de diversas razas y religiones me permitió crecer sintiendo amor por países que entonces solo podía imaginar a través de historias, cuentos, leyendas y tradiciones que veía en las casas a las que éramos invitados. Lugares lejanos y tan mágicos que nadie podía creer que fueran reales.

Un día —creo que era cerca de Navidad porque todo estaba nevado y yo llevaba puestos mis guantes favoritos, unos rosados de los que colgaban dos pompones gordos— conocí, de todos esos sitios irreales, el que más se impregnaría en mí.

* Panes tradicionales judíos.

** Queso crema.

*** Patatas fritas.

Mi padre presionó un botón muy pequeño y gastado junto a la puerta que teníamos delante. Mi madre sujetaba en las manos una bandeja de *Spitzbuben**, las galletas que ella siempre hacía en fechas navideñas. A mí me encantaban esas galletas. Tenían forma de corazón. En el centro llevaban mermelada roja y estaban esparcidas con azúcar glas, como si les hubiera caído nieve por encima. Además, el nombre *Spitzbuben* significa «niños traviosos» en alemán, lo cual me hacía especial gracia, ya que mi madre a mí no me permitía ni la mas mínima travesura.

De pronto apareció delante de nosotros un señor de aspecto muy jovial, con la piel oscura y un extraño bigote cano que parecían las dos alas de un pequeño pajarito blanco a punto de salir volando de debajo de su nariz.

—¡Antonio, amigo! ¡Bienvenido! —dijo el hombrecillo dando un apretón de manos a mi padre, dejando ver sus manchados y torcidos dientes al sonreírle con tanto afecto.

—Buenas noches, Pandit. Gracias por la invitación, de verdad. Nos hace mucha ilusión estar aquí. Magda ha preparado unas pastas para vosotros. Espero que os gusten —contestó mi padre.

—¡Son mis favoritas! —intervine yo.

—Y esta pequeña princesa, ¿quién es? —me preguntó el señor Pandit.

—Soy Hellena —respondí.

* Galletas tradicionales alemanas.

Uniendo las palmas de las manos frente a su pecho, hizo una reverencia mientras me sonreía.

—*Namasté**, pequeña *raajkumaari***. Esta es mi hija, Naya.

De detrás del pantalón azul que cubría sus delgadas piernas asomó una niña de enormes ojos negros, labios gruesos y nariz diminuta, que rápidamente me cogió de la mano y me llevó corriendo a su habitación.

Naya tenía mi misma edad, había nacido solo tres meses más tarde que yo en Delhi. Su padre era un diplomático indio que conocía al mío desde los años en los que ambos estuvieron destinados en Berlín. Todo en él y su familia era de lo más nuevo para mí. Las mujeres llevaban unos vestidos muy coloridos y lunares pintados en medio de las cejas. Su casa entera tenía un olor extraño pero agradable, y en la entrada había una enorme figura dorada de una mujer con cuatro brazos rodeada de flores, incienso, agua y velas.

Entrar en el cuarto de Naya fue impresionante. Todas las paredes estaban pintadas como si aquello fuera una selva verde de hojas gigantes y extraños árboles de troncos retorcidos. Un elefante, un venado y un tigre bebían agua a lo lejos en un pequeño estanco. Monos y pavos reales se asomaban tímidos de detrás de los árboles o descansaban sobre ramas. Del techo colgaban unas enormes telas de colores que caían sobre una cama que aumentaba aún más el colorido del cuarto, haciéndola

* «Hola» en hindi.

** «Princesa» en hindi.

parecer una tienda de campaña lista para que pasásemos la noche en un remoto y mágico lugar desconocido.

Naya apagó la luz, encendió una linterna de mano y me llamó para que me sentara con ella. Me quité los zapatos a toda prisa y de un salto me acosté a su lado sobre la cama de colores. Dirigió el rayo de luz que salía de la linterna hacia el techo, donde un mono muy grande comía fruta sentado en la rama de un árbol.

—Este es Hanuman, el Rey Mono. El pobre mono siempre tenía hambre. Comía tanto que un día quiso comerse el sol y pegó un salto hacia el cielo para intentar devorárselo. Indra, el dios de la lluvia, se enfadó mucho con él y lanzó un rayo que lo tiró al suelo.

Lentamente llevó la luz hacia la pared de enfrente iluminando la zona de la izquierda, en donde estaba el estanque pintado.

—El tigre es el guardián de la selva. Lleva en su lomo a una diosa que se llama Shakti, la diosa del poder y la fuerza divina. El tigre tiene el poder de invocar a Indra para que llueva en la selva —dijo—. A él lo he llamado Rajah, por el tigre de la princesa Jazmín, y el que está junto a él es Shiva* en su forma de ciervo.

Luego dirigió la luz hacia una pareja de pavos reales.

—Estos son Indra y Sachi. Él siempre le regala sus plumas al dios Krishna para que pueda enamorar a Radha, una chica muy bonita. Sachi es su esposa, y viajan siempre sobre el elefante blanco que ves ahí junto al

* Dios de la trinidad hinduista, Dios de la Destrucción.

estanque. Él se llama Airavata, que quiere decir «el que teje las nubes». Es el primer elefante que existió, el rey de todos los elefantes. Nació de la cáscara de un huevo que tenía Brahma* en su mano derecha. Dice mi mamá que de sus manos surgieron siete machos más y luego ocho hembras, de los que nacieron todos los elefantes del mundo.

Miré ese elefante blanco entre los árboles durante un largo rato, preguntándome qué mundo era ese, qué cosas sucedían en aquel extraño lugar en donde los animales eran dioses o reyes, en donde las historias de amor y de aventura parecía que no se terminaban nunca. Y así, con los ojos metidos en la selva, Naya y yo nos fuimos quedando dormidas poco a poco mientras que en mi cabeza surgía por primera vez, como si fuese el eco de la voz de alguno de estos dioses, el sonido de un nombre que jamás se acallaría:

... INDIA...

Naya y yo nos volvimos inseparables. Estábamos siempre juntas. Mi madre nos enseñó a hacer las galletas que le regalamos a su familia en nuestra primera visita, y cuando pasábamos el día en su casa, su madre nos enseñaba a cocinar *naan*** y *samosas****. En ocasiones nos leía historias de la India de sus libros. A veces hacíamos pequeñas representaciones de esos cuentos con los títeres

* Dios de la trinidad hinduista, Dios Creador.

** Pan plano de harina de trigo de consumo común en Asia.

*** Empanadilla de forma triangular típica de la cocina del sur de Asia.

que habían comprado durante los viajes que hacían para visitar a la familia. Eran unos muñecos vestidos con ropa de colores muy vivos, que movíamos creyendo que cobrarían vida cuando sus hilos colgaban de nuestras manos. La familia entera hacía de público, por supuesto, generosamente entusiasta.

Pocos años después tuve que despedirme de mi amiga de la infancia. Una noche papá llegó a casa del trabajo y al entrar en la cocina anunció la noticia. En dos meses partiríamos hacia la Ciudad de México. Lo habían nombrado embajador. Yo tenía once años.